



ENSAYO

«El fuego secreto de los filósofos»

Patrick Harpur. Atalanta. 450 páginas. 32,5 euros. ***

MIRAR MÁS ALLÁ

Aun a riesgo de dejarnos llevar una vez más por el entusiasmo, quizás convenga, al reseñar la creciente presencia en las librerías de una obra perteneciente a un género tan poco multitudinario como por lo general lo es el ensayo, anotar aquí, de entrada, que *El fuego secreto de los filósofos*, de Patrick Harpur, que ya va ahora por su tercera edición en español, es uno de esos libros llamados a quedar grabados con letras de oro en la particular historia de todo lector. O, cuando menos, en las almas de todos aquellos lectores que, ansiosos por dirigir la mirada más allá de lo banal —deeseos, por tanto, de prescindir de esa pasión por lo irrelevante que tan a menudo nos cerca; o sea que hartos de soportar esa devoción generalizadísima por lo secundario que, incluso para lo que a letra impresa atañe, no ha previsto apenas excepciones—, buscan textos creados, cuando menos, para mirar más allá del horizonte. Libros escritos, en consecuencia, para intentar trascender.

El caso es que, de la mano de la editorial que dirige el conde de Siruela, llega al lector en lengua castellana, en traducción bellísima de Fernando Almansa Salomé, el ensayo en el que Patrick Harpur —vamos a decirlo así— reflexiona sobre la capacidad del hombre para crear imágenes que desentrañen la realidad. Y donde recuerda cómo, a lo largo de los siglos, la humanidad ha sido capaz de entender el mundo mediante los instrumentos que para ello nos ofrece uno de los mayores bienes que existen: ese refugio para la libertad que es la imaginación. Pero llama este libro la atención sobre el hecho de que «en realidad el mundo que vemos siempre corresponde al mito en el que estamos». Un aserto, este, que se apoya en el convencimiento de que ese mundo que aparece ante nuestros ojos no es finalmente sino nuestra propia visión de la realidad. Y lleva, a modo de pórtico, unos versos de Milton: «Que mi lámpara a medianoche, / pueda verse en alguna torre solitaria / desde la que pueda contemplar con frecuencia las Osas, / con Hermes, el tres veces grande».

(Un deseo, el expresado por el poeta, que uno, a estas alturas, no puede ya sino compartir).

Ramón Loureiro

LETRASNOFICCIÓN

CALIFICACIÓN
*** MUY BUENO
** BUENO
* CORRECTO
● MEJORABLE

ROTH, UN GIGANTE DEL PERIODISMO

ACANTILADO REÚNE EN «PRIMAVERA DE CAFÉ» LAS CRÓNICAS EN LAS QUE EL ESCRITOR RETRATÓ VIENA TRAS LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Hubo un tiempo, allá por los siglos XIX y XX, en que periodismo y literatura no eran oficios excluyentes. Incluso cohabitaban —con las navajadas habituales— en las redacciones y las tabernas, donde escritores y reporteros compartían noches de plomo, tinta y brebajes varios. La profesionalización de los periódicos acabó con aquella convivencia y provocó que a día de hoy cronistas y literatos se observen con recelo, como guardándose las espaldas de lo que unos consideran intrusismo y otros simplemente escrituras secundarias.

Tal vez por esa divergencia histórica hayamos perdido la perspectiva y ya no conseguimos comprender del todo que en aquellos años hubo algunos gigantes de la literatura que eran, al mismo tiempo, gigantes del periodismo. Lo que sucede es que, con la distancia actual, las crónicas periodísticas de aquellos grandes escritores han sido aplastadas por el peso de su obra literaria y los profesionales de la información, con ese recelo al que aludíamos antes, no somos capaces de reivindicar esa faceta, como si resultara molesto toparse con nombres de la dimensión de Charles Dickens (que firmaba sus deliciosas estampas para la prensa londinense bajo el seudónimo Boz) entre nuestros compañeros de viaje.

Por este motivo supone una excelente cura de humildad (y también una inyección de felicidad libresca) sumergirse en las páginas de *Primavera de café*, donde se reúnen las crónicas vienesas escritas por el gran Joseph Roth al término de la Primera Guerra Mundial. Porque la obra periodística de Roth está sin duda a la altura de su narrativa (con cimas como *La leyenda del santo bebedor* o *La marcha Radetzky*) y, además, nos



El escritor austriaco de origen judío Joseph Roth, en París en 1925



CRÓNICAS

«Primavera de café»

Joseph Roth. Acantilado. 248 páginas. 20 euros. ***

permite obtener a partir de escenas aparentemente triviales un retrato prodigioso de aquel instante en el que la gran capital imperial y real de Austria cambiaba a la fuerza sus refinados aires cortesanos por los nuevos vientos republicanos.

Si el Roth novelista es un observador agudísimo, el Roth periodista

es todo ojos y todo oídos. Sigue al pie de la letra la sagrada (y quizás única) fórmula del buen reportero: ir a un lugar, ver, escuchar y contar lo luego. Roth, que firma sus crónicas como Josephus, deambula por los cafés, las tabernas, los tranvías, los arrabales, los mercados y hasta los manicomios, y luego plasma en un par de cuartillas esas realidades capturadas a modo de instantánea de un mundo que se desmorona para dar paso a algo que todavía no sabemos en qué consiste.

Como decía Gabriel García Márquez, la cima del periodismo está en la calle, no en los despachos. Y ahí la busca Roth, que sabe que la desaparición de la cobradora del tranvía tiene probablemente una repercusión mayor en la existencia diaria de Viena que la del emperador que, a fin de cuentas, será sustituido por un presidente de la República con su corte, su pompa y su circunstancia. Es en lo minúsculo donde Joseph Roth detecta, y nos revela, el latido puro de la vida. Magistral.

Luis Pousa

WEIMAR, NAZISMO EN CIERNES

Joseph Roth (Brody, 1894) no solo fue el cronista del final del idilio austrohúngaro, el gran nostálgico de la Viena del emperador Francisco José, sino que también se erige entre los pioneros que vieron claro el inevitable hundimiento de la República de Weimar y los riesgos del nazismo en ascenso —Roth murió en su exilio parisino en 1939, apenas unos meses antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial—. Todo ello vivió en primera persona este escritor nacido en Galitzia, en tierras polacas lindantes con Rusia, y, por tanto, parece que destinado a ser un apátrida, un nómada, un hombre desapegado, de todas partes y de ninguna, y al que quizá esta dura experiencia vital de desarraigo y frontera dotó de una mirada extraordinariamente lúcida.

Esa mirada marca su obra periodística pero también su narrativa,

en la que su errancia de judío oriental está casi siempre presente. Un caso ejemplar es *Izquierda y derecha*, que el sello Barataria recupera ahora con una nueva traducción. Y es que era asunto harto difícil hallar la edición de 1982 de Anagrama (*A diestra y siniestra*) que se limitaba a reproducir la versión que realizó López-Baltes —gran valedor de Freud en español— para Cenit en 1930, solo un año después de que la obra salió a la calle, en Ámsterdam.

El escritor Claudio Magris, gran conocedor de la producción de Roth, enmarca *Izquierda y derecha* entre las novelas políticas del autor de *Job*. Aunque cabría preguntarse cuáles no lo son, en tanto que siempre se mantiene pegado a la realidad histórica, social y política de la Europa de su tiempo, es verdad que este relato retrata sin ambages



NARRATIVA

«Izquierda y derecha»

Joseph Roth. Traducción de Sandra Chaparro. Ediciones Barataria. 206 páginas. 17,80 euros. ***

la degradación moral —en especial, de la burguesía— que hundió la Alemania de entreguerras, sumida en un ominoso caos de miedo, violencia, mensajes racistas y especulación económica.

Héctor J. Porto